

Vergüenza

**Carlos Olalla, actor**

En plena plaza Mayor de Madrid y a mediodía, un numeroso grupo de hinchas holandeses del PSV se r



Solo un hombre intervino para detener aquel atropello. Les dio dinero a las mujeres para que se fueran y no tuvieran que soportar más la humillación. Y, tras hacerlo, se enfrentó a los holandeses diciéndoles que eso no se hacía y acabó marchándose llamándoles hijos de puta. Aplaudo con el corazón a ese hombre que fue capaz de enfrentarse, solo, a decenas de desalmados, que acabó con aquel atropello permitiendo que las mujeres pudieran cenar esa noche, y que les gritó a la cara a esos energúmenos lo que todo hombre de bien debería haberles gritado. Y esa es la pregunta que me hago: ¿Cómo es posible que esa decisión la tomara solo un hombre? ¿Qué hacían los que, estando en la plaza, no movieron un dedo por impedir aquella humillación pública? ¿Cómo es posible callar y mirar a otro lado, o peor aún recrearse mirando ese espectáculo inhumano, y no hacer nada para impedirlo? ¿Cómo es posible que esto pase en nuestras calles y no hagamos nada por impedirlo?

Finalmente la policía, que lo había presenciado todo, se decidió a intervenir. ¿Detuvo a los holandeses que humillaban a las mujeres indefensas, que hacían botellón en la vía pública, que estaban provocando una clara situación de violencia? No, se llevó a las mujeres gitanas de la plaza. Esa fue la gloriosa intervención de nuestra policía: detener a las víctimas y no tomar ni una sola medida contra los agresores. Por no pedir no les pidieron ni una sola identificación, a diferencia de lo que sistemáticamente hacen en los actos y manifestaciones que denuncian

estas situaciones. Nuestra policía castiga a las víctimas y a quienes protestan frente a la injusticia, pero no mueve ni un dedo contra los agresores que provocan y ejercen la violencia.

Este hecho no es una simple anécdota, es la perfecta metáfora de lo que está pasando en esa criminal Unión Europea que, entre todos, hemos dejado que creen los grupos de poder, esa Unión Europea que incumple la legislación internacional y los convenios de derechos humanos expulsando a los inmigrantes y negando asilo a los refugiados. Los gritos de “No crucéis las fronteras” de los holandeses son ese veneno que está creciendo por toda Europa con el auge de los partidos nazis y de extrema derecha. La humillación de las mujeres gitanas es la viva imagen de lo que están sufriendo los refugiados que intentan buscar la seguridad que no tienen en sus países de origen. El vergonzoso papel de la policía recuerda al que hacen policías y ejércitos en nuestras fronteras para impedir que entren los refugiados. El heroico comportamiento del hombre que se enfrenta solo a los agresores es el de las pocas personas e instituciones que, a diario, se están enfrentando a esta situación denunciándola y corriendo el riesgo de ser perseguidos y sancionados por ello. Y, por último, el cobarde y silencioso silencio de quienes pasaban por la plaza y no hicieron nada es la más dura y clara de todas las metáforas. Ese es el vergonzoso papel que hacen la mayoría de nuestros conciudadanos: hacer algún comentario piadoso sobre los pobrecitos refugiados viendo en la tele cómo son masacrados en nuestras fronteras o darle al puñetero y adormecedor me gusta de las redes sociales tranquilizando su conciencia, en definitiva, callar y no hacer nada.

Cuando la historia juzga al pueblo alemán y se pregunta cómo fue posible que permitiese el genocidio nazi tiene la excusa de que, quizá, no se enteró de todo lo que estaba pasando. Cuando la historia nos juzgue por lo que estamos haciendo hoy con los refugiados, negándoles el asilo, expulsándolos, encerrándolos, empujándolos a ahogarse y pegándoles para que no entren en nuestros países, nosotros no tendremos esa excusa.

Ir a [Público](#)  
{jcomments on}